

rodean, cantan lo que todos los ánimos conciben, y que ellos tienen el poder de expresar por ese medio. Sus cantos son, en tal concepto, el fiel retrato del carácter, de las costumbres, de las preocupaciones, de la cultura de los habitantes.

La poesía popular tiene el mérito de llegar por instinto adonde solo á fuerza de trabajo consiguen llegar los eruditos con el estudio, quiero decir, á aquel profundo conocimiento de las varias estirpes que la filosofía y la historia se fatigan en explorar; de modo que leerla es, para valerme de una expresión de Górrés, tocar verdaderamente el pulso de la nación en su infancia, y beber la poesía en su manantial. Los cantos populares son los archivos del pueblo, el tesoro de su ciencia, de su religión, de su teogonía y cosmogonía, de la vida de sus padres, de los fastos de su historia; la expresión de su corazón, la imagen de su interior, en la alegría y en el llanto, cerca del lecho de la esposa y junto al sepulcro (1).

Esas canciones contienen á menudo la primitiva historia de los pueblos. La Grecia recordaba los cantos de Lino y Orfeo, que civilizaron por la primera vez enseñando la religión y uniendo las piedras, esto es, los hombres duros, para formar las ciudades. Los Latinos tuvieron el terrible verso saturnino, que el fastidio de las cosas patrias indujo á despreciar, porque perdía en la comparación con la limada poesía exótica. Los primeros historiadores del Norte fueron los Escaldas, y en las sagas van los eruditos á buscar los hechos más antiguos de los héroes escandinavos. Entre los Celtas, el bardo excitaba á los héroes á la batalla, y cantaba sus empresas después que habían muerto.

Posteriormente la poesía épica las recogió, y en su grande espejo reflejó todo el horizonte; pero en la poesía popular hay mil arroyos de una ola próxima al manantial, no contaminada aun por ninguna mezcla heterogénea.

Al surgir la nueva civilización, menestrales, trovadores, minesingers, fídlers, juglares, llevan sus recreativas ficciones á la cabaña y al palacio, al convento y á la taberna, á la mesa franca y al mostrador de la feria. ¿Nacen disputas entre Güelfos y Gibelinos, entre Católicos y Albigenses, entre extranjeros y nacionales, entre la plebe y la nobleza? El romance por lo común apadrina la causa más generosa, y excita sentimientos magnánimos, dirigiendo los ánimos á sostener generosos hechos; combate á los invasores normandos por boca de los Anglo-Sajones; venga los agravios de la plebe francesa, atacando á los grandes y al clero; fomenta la guerra de los aldeanos en Alemania; defiende á los Confederados Suizos contra los condes de Habsburgo; en España hace la guerra á los Moros, así como los campeones con las

(1) HERDER, *Volkslieder*. Leipsik, 1779.

espadas; y cuando Alfonso VIII pide nuevos tributos, le responde:

El bien de la libertad  
por ningún precio es comprado.

Por ruda que sea, ninguna nación carece de estos cantos. Los Kleftas y el generoso Suliota despiertan el eco del Eurótas y del Olimpo, como el Lapon y el Groenlandés cantan los amores y la muerte (1). En el Kamschatka, el ignorante habitador tiene canciones para cada circunstancia, para manifestar cada sentimiento, con una disposición enteramente sencilla (2). Se advierte más artificio entre los Finlandeses, siendo una de sus principales reglas que todas, ó á lo ménos dos palabras de cada verso, empiecen por la misma sílaba ó letra (3); los naturales prestan mucha atención cuando algún *rurónickat* ó maestro de canto, en sus peregrinaciones ó junto al hogar, repite la canción, acompañándose con el kandeló (4); y creen, valiéndose de estas melodías, poder extinguir el fuego, curar las heridas y las mordeduras, aplacar á los enemigos, obtener un buen viaje ó una caza abundante. En Inglaterra y en Escocia, sin recurrir á la ficción de Macpherson que dió un golpe tan terrible á la prescrita admiración de los genios originales, sabemos que Walter Scott recogía muchas baladas de la boca de los montañeses.

No hay nada que no abrace semejante poesía; patria y religión, voluptuosidad y devoción, realidad y fantasía, generosos sentimientos y bajas supersticiones: se inspira así en las tradiciones de la Iglesia y en los misterios del Cristianismo, como en las leyendas de la mitología; con los ángeles y los mártires vienen los silfos, los enanos, las hadas, los gigantes; con los héroes de la historia los del capricho; con los gritos de guerra el gemido de la amante y la infidelidad de la esposa; con la límpida descripción de naturales bellezas el enigma propuesto al émulo cantor y á la hermosa aspirante. De aquellos rudos toques salieron excitaciones generosas y suaves ficciones, que vivirán tanto como las de la musa meonia, Artus y su tabla redonda, Carlo Magno y sus paladines, los misterios del Santo Graal, el valiente Roldan, el enamorado Lancelote de Lago y el patriota Cid Campeador.

La poesía popular se complace en los contrastes vigorosos, que no es posible encontrar en la literatura propiamente dicha, resultado

(1) Herder publicó en los *Volkslieder* (t. I, pág. 264) la canción amorosa de un Lapon y un canto de muerte de un Groenlandés.

(2) RUEH, *Historia de la Suecia*.

(3) Kooka kulki kunigaunne

Adolphe Fredrich Armollinen.

esto es: *Entonces viajaba nuestro Adolfo Federico clemente*.

(4) Especie de violín.

Véase también Carlos Nodier: *Des chansons populaires*. Paris, 1866. Dos tomos, en los cuales pone la historia y varios ensayos de este género.

de imitación y de teorías. Se viste de formas estereotípicas, como vemos que se conservan aun en los adjetivos de Homero, indeclinablemente repetidos, y á la manera que en su poema los Griegos aparecen siempre con buenos coturnos (εὐχρητῆς) aun después de una terrible lucha, así entre los Eslavos, todo lo que se quiere elogiar se denomina *blanco* (beloi); blanco á Dios, blanco al czar; el agua es siempre *fresca*, siempre *tajante* la espada, siempre *azul* el mar; en las canciones servias, las manos debían llamarse siempre *blancas*, aunque fuesen las bronceadas de un minador; las antiguas baladas inglesas dan á todos los amantes, fieles ó perjuros el título de *amor mio sincero*: en las escandinavas, los mantos son siempre de color turquí ó gris, las doncellas siempre altivas, y al nombre de bautismo añaden siempre *pequeña*, *la pequeña Cristina*, *la pequeña Sidlesilla*.

Con frecuencia domina en ellas cierto movimiento dramático, como el cambio repentino de interlocutor, la omisión de circunstancias intermedias, el modo de hablar por medio de preguntas. En el canto de Hildebrando, una de las más antiguas poesías germánicas, se lee: «¿Qué encontré en el valle? Encontré un ca-» ballero tan atrevido y jóven, etc. — ¿Qué» llevaba sobre el yelmo? Llevaba una cruz de» oro. — ¿Á quien trae á su lado? Trae á su» padre querido.»

Ahora mismo mientras escribo oigo pasar una banda de campesinos cantando una balada rústica, comun en estos collados del Brianza, y en la cual lo patético se mezcla con lo dramático, de modo que halaga el entendimiento y conmueve el corazón (1). Es verdad que para saborear por completo su efecto, se necesita asociar á ella las memorias de la infancia y los encantos de una juventud irreparablemente perdida.

Es además muy frecuente y casi obligatorio el ritornelo, por aquel amor á la simetría y á la cadencia, tan natural en el hombre, y que es como un reflejo poético del sentimiento interno del orden moral, que excita á buscar la rima, la eurythmia, la aliteración. Con el ritornelo se graba mejor en la mente la idea ó el hecho, y aquella correspondencia de las palabras y de las frases deja no sé qué profunda impresión, cual una voz del destino, como decía Mad. de Staël aludiendo á la *Leonor*. En una balada

(1) Quell'ucellin del bosco  
Per la campagna vola.  
Dove sara volá?  
Sulluscio di voi, bella.  
Cosa le avra portá?  
Na lettera sigillata.  
Cosa el sará su?  
Vuoi maritarti, ó bella?  
Son maritata jer  
Oggi son gia pentita.  
Viva la liberta  
E chi la sa godere!  
Chi non la sa goder  
In ultimo sospira.

inglesa se canta lo siguiente: «¡Oh! ¿hay» alguna cosa más larga que el camino largo,  
» más profunda que el profundo mar, más fra-  
» gorosa que la fragorosa trompa, más aguda  
» que la aguda espina, más verde que el verde  
» césped, más mala que la mujer que nos ha  
» arruinado? » Y se responde: «¡Oh! el amor  
» es más largo que la larga vida; el infierno  
» más profundo que el profundo mar; el trueno  
» más fragoroso que la fragorosa trompa; el  
» hambre más aguda que la aguda espina; el  
» veneno más verde que el verde césped; el  
» demonio más malo que la mujer que nos ha  
» perdido.»

También la Servia, sentada en la playa, canta: «¿Qué cosa hay más vasta que el in-» menso mar, más larga que la pradería, más  
» rápida que el corcel, más dulce que la miel,  
» más querida que un hermano? » Y un pez,  
sacando la cabeza de las aguas, le responde:  
«¡Jóven, has perdido la memoria! El cielo es  
» más vasto que el mar, el mar más largo que la  
» pradería, el ojo más rápido que el corcel, el  
» azúcar más dulce que la miel, el amante más  
» querido que el hermano.»

Los romances españoles marchan sueltos y atrevidos, no cuidándose el *romancero* de la rima ni de largas y breves, pues le basta escribir líneas de seis, siete y más á menudo ocho sílabas, en el ritmo que llaman *redondillas*; octosílabos más libres que los italianos en la colocación del acento; con la rima asonante, es decir, que atiende solo á las vocales, no á las consonantes, como hace frecuentemente el vulgo en Italia. Si la rima viene bien, tanto mejor; tanto mejor si el sentido concluye con la estrofa; si no, el poeta prosigue intrépido y canta como el ruiseñor, que sin tiempo ni tono determinados, llena de melodía los bosques y recrea al que confía á la noche sus tristes quejas ó sus lánguidas esperanzas.

En las poesías populares ocurren á menudo ideas religiosas, y principalmente las de un Dios que castiga. ¿Quién no conoce, por la poesía de Bürger, la balada alemana, en que Leonor, habiendo blasfemado de la Providencia, es arrebatada por los fantasmas nocturnos? Los Servios, en las *Cuñadas*, cuentan que una mujer, celosa de su cuñada, mató á su propio hijo, y atribuyó el delito á la otra. La infeliz fué atada á la cola de un caballo sin domar, y arrastrada al traves de los campos; «pero,  
» donde quiera que caía una gota de su sangre  
» virginal, brotaba una flor hermosa y fragante;  
» donde los trozos del cuerpo se detenían,  
» surgía una iglesia del seno del desierto.» La cuñada enfermó de un mal terrible que duró *nueve aniversarios*, y fué llevada á la iglesia donde reposaba Gelitza, para buscar allí la absolución y la salud; pero una voz procedente del santuario le disputó la entrada: en vista de lo cual se sometió voluntariamente al suplicio horrible sufrido por Gelitza, «y donde  
» quiera que caía una gota de su sangre per-



» versa, brotaban zarzas y plantas venenosas; » donde los trozos del cadáver se detenían, se » formaba un estancado y fétido lago. »

Esta equidad popular, primitiva, que exige se expie la sangre con sangre, es constante en la poesía tradicional, la cual dista mucho de los triunfos del vicio en que se complace á menudo la literatura de épocas civilizadas. Ora nos presenta ángeles entonando un himno sobre la tumba de la víctima inocente; ora cuervos que vuelan en torno del patíbulo del malvado; tres hombres perversos, despues de robar una posada, disputan para saber á quién tocará la posadera, y no pudiendo convenirse la hacen tres pedazos: « donde el asesino colgó la espada, el cuervo estuvo graznando un año entero. »

Back oyó en las islas Feroe una balada, en que se dice que los huesos de una virgen asesinada han sido empleados para formar un arpa, cuyas cuerdas son los cabellos de la víctima; pendiente del muro, permanece en silencio hasta que comparece el asesino, y entónces las cuerdas vibran y denuncian al reo.

En la Dalecarlia, en Finlandia, se oye á menudo la siguiente:

« En el palacio del rey servia la pequeña Karina, y brillaba como una estrella entre sus compañeras.

» Acaeció que un día el rey le dijo: Oye, sé » mia, y tendrás la silla de montar de oro y » el caballo gris.

» No, el caballo gris y la silla de oro no me » convienen. Da ambas cosas á la reina, y déjame mi honor.

» ¿Quieres, pequeña Karina, mi corona de » oro mas magnífica, la mitad de mi reino?

» No, da á la reina tu corona de oro y la mitad de tu reino, y déjame mi honor.

» Oye, pequeña Karina, si ne quieres escu- » charme, te haré poner en un tonel, erizado » de agudas hojas de espadas.

» Si lo hicieres, los ángeles saben que no soy » culpada.

» Y la pequeña Karina fué puesta en el tonel » erizado de agudas hojas de espada, y los esclavos del rey la echaron á rodar de uno á otro.

» Inmediatamente se vieron bajar del cielo » dos palomas blancas, y las dos palomas en » breve fueron tres.

» Dos cuervos negros salieron del profundo » infierno y se apoderaron del perverso rey, y » en breve, en vez de dos, los cuervos fueron » tres. »

En otra balada de la Lusacia, la duquesa viuda de Orlarmunde se enamora del conde de Nuremberg; pero él le dice que no puede casarse con ella, porque lo impiden cuatro ojos que ella tiene en su casa, y son los cuatro ojos funestos de los hijos de su primer marido. La cruel madre llama á un esclavo, denominado el cazador feroz, y le ordena que mate á los pobres niños, y ella misma se quita del velo de viuda los

alfileres que el esclavo debe clavar en el cerebro de los niños cuando estén jugando. Armado de este modo se adelanta hácia ellos, y los encuentra en el salon del castillo, jugando con esas rimas infantiles que forman todavia la diversion de los niños. Al oír la muerte que los aguarda suplican cuanto pueden para evitarla; el mayor promete al asesino su ducado si le deja la vida; la niña le ofrece todas sus muñecas y hasta su pajarillo favorito, pero en vano.

El pájaro sigue á todas partes al asesino, repitiéndole sin cesar el nombre de los niños que habia matado: « ¡Dios mio! ¡Dios mio! » exclama, ¿ adónde huiré para verme libre » de este pájaro que me persigue á todas partes, » que no cesa de repetirme el nombre de aque- » llos niños? ¡Dios mio! ¿ adónde iré á morir? » Desesperado se rompe el cráneo y los dos » niños permanecen en sus urnas de mármol, » sin que la corrupcion desfigure sus inocentes » cuerpecitos, cuya pureza desafia á la muerte.

Esta moralidad es mas comun en las baladas de las razas teutónicas que en las meridionales; pero en todas se encuentran igualmente ciertas metamorfosis, en especial de amantes, en flores y arbustos. « Margarita fué sepultada un poco » mas abajo, algo mas arriba que Guillermo, y » una rosa brotó del seno de la niña, así como » un blanco espino de él.

En un relato servio, los dos amantes son sepultados uno junto á otro, y sus manos se entrelazan debajo de tierra; un abeto y un rosál brotan de su tumba, y entrelazan sus flexibles ramas (1). Es conocida la historia de la hiedra que nació en los sepulcros vecinos de Isota y de Tristan, y que por medio de sus espesas ramas los unió. Ahora bien, si dirigimos la atencion hasta los Afganes, allí tambien los dos amantes, sepultados en sitios distintos, brotan en forma de arbolillos, que, cediendo á la mutua simpatía, se reúnen en el aire, y sus entrelazadas ramas cubren de sombra el espacio entre las dos tumbas.

Las canciones populares tienen ademas otra importancia histórica, pues que prueban el origen comun de las razas, por ser uno mismo el fondo de la ideas en las comarcas mas remotas y aisladas; y el que las examina sucesivamente, se maravillará, recorriendo todo el mundo, de oír al pundita indio ó al Javanes repetir la historia que sabe el pastor escocés ó el colono de Islandia. Es una ficcion sanscrita la del hermano que, para encontrar á la hermana perdida, desciende á los abismos del mar, donde ella le recibe en las fúlgidas grutas, y allí se oculta y libra de los monstruos del abismo, hasta que

(1) En Italia se canta una canción que dice:

Nel bel mezzo a quella cassa  
Pianteremo d'un bel fior.  
Tutti quei che passeranno  
E diranno che bel fior;  
Egli è il cor della Rosina  
Che l'è morta per amor.

se le presenta ocasion de salvar á su hermana; y muchísimas baladas septentrionales la cantan á su vez. En Escocia, al mismo tiempo que en Suecia, en Dinamarca y en las Orcadas, se oye el canto de la hermosa Ana; aquel de donde Büger sacó su *Leonor*; se repite en el país de Gales: en danés le corresponde el Aage y Elsa; en inglés el milagro de Suffolk y el espectro del buen Guillermo.

Hasta hay tradiciones y cantos, cuyos miembros esparcidos conviene reunir tomándolos de diversos países. Así el montañés de Escocia repite un ritornelo que carece de significado, y es fragmento de una canción escandinava; tales son probablemente las cantinelas sin sentido de que se sirven aun nuestros niños.

Entre los pueblos que se comunican frecuentemente con otros, esta poesía se altera pronto; á la lengua popular sucede otra, determinada por la sintaxis ó por la gramática; al grito espontáneo del alma, la prosodia y las reglas indeclinables de la versificación; de donde resultan dos géneros de poesía, la literaria y la popular; aquella escrita en los libros, esta impresa en la memoria. La segunda ha estado olvidada mucho tiempo, porque las escuelas nos habian enseñado á no admirar sino el estilo, las formas severas y elegantes, el verso correcto y puro, la expresion purgada de toda trivialidad, el pié calzado del soberbio coturno. En medio de tales pretensiones, ¿ qué podia esperar la poesía popular con su traje de aldeana, su lenguaje balbuciente y su dudosa paternidad?

Pero cuando la aristocracia fué combatida en sus soberbios torreones, y el vulgo adujo sus títulos históricos y humanos contra los diplomatas de los feudatarios, tomaron diferente aspecto la historia y la literatura, y él, que comprendió su espíritu, debió buscar la expresion de nuevas necesidades, de sentimientos nuevos, no ya en la perfeccion del arte, sino en la ingenuidad de la naturaleza.

Entónces se comprendió la necesidad de no desatender los conceptos primitivos, que precedieron á las obras artísticas, y que, cuanto menos señales daban de reglas y de escuela, con tanta mayor veracidad revelaban la índole de un pueblo y de una época.

De aquí provino el esmero en resucitar las canciones populares, llenas de ingenuas gracias y de vida, y que, comparadas con la poesía de escuela y de academia, son como las aldeanas respecto de las mujeres de las ciudades; rudas en las maneras, groseras en cuanto á las facciones, pero vivas, sinceras, todas fuerza y vigoroso brio de salud. Á estas fuentes habian acudido ya los historiadores clásicos, pues que Herodoto, Diodoro y Plutarco citan de vez en cuando versos de poetas en testimonio de costumbres y opiniones; ni pudo tomar de otra parte Paulo el Diácono los relatos que nos da como historia primitiva de los Longobardos; y no cabe duda que en ellas bebió su inspiracion Homero, el cual por lo mismo era autoridad

legal entre sus conciudadanos, y tuvo el insigne mérito de ser popular y sublime, de repetir las ingenuas tradiciones del vulgo y de ofrecer modelos á la epopeya de los literatos.

Voltaire nos dice que habia traducido muchísimos trozos de poesías originales, para intercalarlos en su *Ensayo sobre las costumbres*, pero que le fueron robados. Créasele ó no, esto prueba que comprendia cuánta luz podria sacarse de ellas para ilustracion de las costumbres. Vinieron despues Herder, Erlach, que en sus *Canciones de los pueblos*, las conservaron de todos los países; Depping publicó una colección en alemán de los mejores romances españoles (1); Löve-Weimar dió á la estampa las baladas inglesas y escocesas (2); G. Müller y V. Wolf las italianas (3); Rochholz las suizas (4); Percy las inglesas (5); Lejeune y Fallers-Leben las holandesas (6); muchísimos las alemanas (7); las servias, Eckstein y Wouk Stefanowich: recientemente se han publicado en Alemania las baladas finesas (8); Fauriel nos ha hecho oír los *Cantos populares de la Grecia*, Eichhoff los eslavos (9). Así se ensancharon los campos de los conocimientos, formándose juicios mas exactos y extensos acerca de las varias literaturas: se descubrieron ó se emplearon documentos nuevos, y queda por desear que alguno, dotado de bastante erudicion para abrazar estudios tan diversos, y de imaginacion tan flexible que sea capaz de penetrar en la conciencia de los diferentes tiempos, haga oír las voces de las distintas naciones refiriendo por sí la historia popular (10).

El estudio de las poesías populares ha mostrado la naturaleza de las tradiciones, sus cambios y el verdadero origen de las epopeyas. En las islas del mar del Sur (11), se conservan en

(1) *Sammlung der besten alt. span. Romanzen*. Véase tambien *primavera y flor de romances*, ó colección de los mas viejos y mas populares romances castellanos, publicada con una introduccion y notas por Don Fernando José Wolf y Don Conrado Hofman. Berlin, 1866, 2 tomos.

(2) Paris, 1824.

(3) Egeria, Colección de poesías italianas populares.

(4) *Eidgenössische Lieder Chronik*. Berna, 1836.

(5) *Reliques of ancient english poetry*, 2 tomos en 8º. Ademas tenemos á WARTON, *The history of english poetry*; ELLIS, *Specimen of early english metrical romances*; RITSON, *Ancient english metrical romances*; EWAY, *Old ballads*; JAMESON, *Popular songs*; WALTER SCOTT, *Border's minstrelsy*.

(6) LEJEUNE, *Proven van der nederlandsche Volkszangen sedert der XV eeuw*. — FALLERS-LEBEN, *Nore belgië*. (7) Los Alemanes trabajaron mucho en esta materia, tanto para las nacionales como para las extranjeras; BÜRSCHING AN DER HAGEN, GOERRES, BRENTANO, ERLACH, sobre las alemanas; GOETZE sobre las rusas; GRIMM sobre las danesas; ademas la *Silva de romances viejos*, y los *Lieder der alten edda*; HAUSER sobre las bohemias, WOLT sobre las suecas y holandesas.

(8) *Finnsche Runnen*.

(9) EICHHOFF, *Hist. de la langue et de la littérature des Slaves, Russes, Serbes, Bohêmes, Polonais et Lettons, considérées dans leur origine indienne, leurs anciens monuments et leur état présent*. Paris, 1839, con poesías eseoigidas.

Son posteriores las colecciones de cantos serbos y corsos de Tommaseo.

(10) Una cosa por el estilo habia empezado un poeta lombardo, que tenia ingenio y fuerzas bastantes para la empresa. ¿ Por qué la interrumpió?

(11) ELLIS, *Polynesian Researches*. Londres, 1831.



anécdotas rimadas los hechos y sus fechas; entre los Escoceses (1) y los Griegos modernos son baladas históricas para proezas aisladas; entre los Circasianos forman biografías poéticas de personas distintas (2), conservadas en las familias, y que todas juntas constituyen la historia de aquella población; entre los Españoles y los Servios (3) se aproximan tanto ya á poemas épicos que no las faltan sino el enlace.

Pero las creaciones fabulosas, sean fastos tradicionales ó sean la que llaman *máquina* en la poesía, no se arraigan en un país, sino en cuanto se conforman con los fenómenos que allí presenta la naturaleza, y los explican á la sencilla y activa imaginación del hombre vulgar. Los terribles truenos de la Península Escandinava son el carro de bronce del dios Thor, que arrastran por los cielos los dos machos cabríos; en los campos Flégreos, aquellas rocas despedazadas y quemadas son vestigios de la batalla empeñada entre los gigantes y los dioses; los frecuentes sacudimientos del terremoto y las exhalaciones de los volcanes en Sicilia son efecto de la agitación de los Titanes heridos por el rayo; solo la mano de Hércules pudo sobreponer una á otra las rocas pirenaicas para dar sepultura á la amada Pirene, ó abrir el paso entre el Mediterráneo y el Océano; el melancólico aspecto del lago Averno, las oscuras grutas que lo rodean, las llamas y las exhalaciones mefíticas, se explican por la proximidad de la región de los muertos; los muchos lagos de Suecia cubren ciudades sumergidas en castigo de sus pecados; las selvas de Noruega están habitadas por espíritus malignos, fatales á los que los encuentran; aquella roca no puede haber sido hendida así mas que por la espada de Roldan; con aquellos peñascos esparcidos en las llanuras de la Escania jugaban los gigantes; las nieblas que dan sombra á las colinas de Morwen, son los fantasmas de los héroes; es el suspiro de una hada el aliento que refresca aquel paso; aquel eco que responde al llamamiento del pastor ó del perro, es el ladrido de su trailla.

Transportadas las tradiciones de los Alpes á las llanuras lombardas, las extravagancias cabellerescas de la Normandía en medio de la industria persistente de Holanda, la tempestuosa ferocidad de la Escandinavia en medio de los abundantes pastos de la Arcadia, no tendrán ya sentido, y espirarán bajo las plufas eruditas. Y esa es la obra que algunos miran como novedades; mudar las fábulas antiguas con las nuevas, que atraen quizá un momento, pero que están destinadas á caer, porque no se fundan en la verdad. Si aquellas fábulas son caprichos de la fantasía, ó si verdaderamente bajo formas mas ó menos exageradas representan sen-

(1) W. SCOTT, *Schottisch minstrelsy*, y otros.

(2) TAUSCH, *On the Circassians*. en el *Journal of the royal Asiatic Society*, tomo I, pág. 98 y siguientes.

(3) Especialmente las baladas sobre Márcos en la colección de cantos serbos de Wouk Stefanowich.

timientos reales, se conoce pronto en el vigor y la poderosa vitalidad que únicamente la verdad puede infundir en las obras de imaginación.

Hemos dicho que la poesía popular vive mas allí donde son ménos las comunicaciones con los otros países. Por eso en Francia casi no se encuentran cantos populares; la Italia conservó demasiados recuerdos de los estudios clásicos, y tuvo demasiado pronto á Dante y Petrarca, para que se cuidase de las odas con que sus antiguos poetas habian anunciado el congreso de Pontida y cantado el triunfo de Legnano. Al contrario la España, en medio de sus montes y sus mares, manteniendo vigorosa la nacionalidad por su constante lucha con el extranjero, conservó gran número de cantos, y los recopiló (1), no volviendo á olvidarlos.

« Pero la poesía popular, y por tal entiendo la que es producida directamente, y no solo la aceptada por el pueblo, no compone obras materialmente inmóviles como la poesía de arte, no les recomienda, como esta, á la escritura; sino que las confía al canto transitorio, á la palabra fugaz; marcha, marcha, libre y viva; y á cada paso que da, deja un adorno ó toma otro nuevo, sin cesar por eso de ser lo que era, sin mudar el aspecto que tenia al principio. Surge uno é inventa una canción; cien personas la escuchan y la repiten. La madre canta á sus hijos las poesías que oyó á sus padres, y los hijos las enseñan á sus descendientes. Cuando llega la época en que el hombre instruido, después de hacer que se las repitan, las reduce á escritura, ¿quién es capaz de decir por cuántas bocas han pasado ya aquellas canciones? ¿Quién puede conocer todas las pequeñas modificaciones que han experimentado? La canción continúa siendo la misma que compuso aquel primer hombre, confundido entre la multitud; pero algun pormenor de ella se ha perdido, alterado ó variado, aunque no fuese mas que por necesidad de la frágil memoria humana, ó bien de las nuevas exigencias de la lengua hablada (2) ».

Sin embargo, no se vaya á confundir la poesía popular con la nacional. La primera es la cantinela de la cuna; la otra nace de las costumbres, de las ideas, de la vida histórica de los pueblos, lleva el sello de su genio, resume su carácter. Dante es nacional, pero no popular; y populares son muchos cantos de amor, que en todos los países revelan igual sentimiento. Y á la verdad, este mismo nombre de popular indica un vicio, un desorden en la literatura, atendido que jamas debería ir separada de esta la docta, sino formarse de ambos una comun á las personas bien educadas. Para alcanzarlo, conviene ante todo deponer ese soberbio desprecio hácia el pueblo; el pueblo, en cuyo ánimo vigoroso y poco amigo de divagar

(1) Hasta el año 1510.

(2) BERCHET, *Antiguos romances españoles*. Bruselas, 1837.

se encuentra una fuerza moral, y á veces hasta intelectual, que falta á las clases superiores. Pregúntese á la historia de dónde han salido los grandes reformadores de las naciones, los autores de revoluciones políticas y religiosas.

Hasta que llegue ese tiempo (que no será pronto) se debe sacar fruto de las tradiciones populares, útiles tanto al poeta como al historiador. Solo que el poeta las emplea como cosa suya, y forma de ellas una obra artística, la cual se subroga á las baladas originales, que desaparecen tanto mas fácilmente cuanto mayor es la fidelidad con que la epopeya las representa. Al contrario, nos colocaria al lado del error el que nos hiciese decir que el historiador debe buscar en la literatura, y especialmente en las poesías populares, la verdad histórica, y tejer sobre ellas su trabajo, mudando de una parte á otra las glorias por capricho, y dando realce á lo que antes era oscuro. La historia es la conciencia del universo, y descubre en un pensamiento todos los pensamientos, en lo real lo ideal: el alma de este es la poesía. Esta última se compone de hechos y de sentimientos: los primeros no pueden buscarse sino en documentos positivos; los segundos brotan de las composiciones populares, fundadas como lo están la mayor parte en la tradición, y esta en el sentimiento nacional. Se ha dicho que la tradición es una alquimia, que convierte el oro en plomo; pero es preciso convenir en que á veces hace todo lo contrario. Á la tradición no le asustan los anacronismos, las inverosimilitudes: todo lo sabe, quiere decirlo todo; muda las ideas en acciones exteriores; rehace los casos á su manera; concentra en una muchas personas, hace de muchas una. Hoy el arte consiste en separar tales cambios accidentales del fondo verdadero y constante; y por esto nos hemos valido de la tradición, citando muchos ejemplos, porque consideramos la literatura por el lado moral, es decir, en cuanto contribuye á la prosperidad y al desarrollo del carácter nacional.

Y así como hemos pensado que en la relación de los acontecimientos podríamos dar aun novedad á hechos repetidos, no mirándolos como es costumbre, bajo el punto de vista de los grandes y los héroes, sino bajo el aspecto del pueblo, del mismo modo creemos que la literatura pudiera adquirir nuevo vigor remontándose á la misma fuente. Los Italianos han seguido demasiado tiempo imitando y refundiendo, desde que Petrarca revestia de números divinos las ideas de los Provenzales, hasta que en nuestra época el mas suave y á la par magnífico versificador de aquel país justificaba toda idea y expresión suya con demostrar que se habia tomado de los clásicos. Su Parnaso se compone de mas de mil tomos; pero, si se exceptúa á Dante, dos canciones de Petrarca, algunos sonetos de Guidicioni, Maggi, Filicaja, Parini y otros pocos, ¿qué nos enseña el resto sobre la historia, los senti-

mientos y las aspiraciones italianas (1)? Ha dominado allí esa clase de literatos adicta el arte puro, idólatra de lo bello, que coloca el mérito de los predecesores únicamente en la forma, y á ella dirige la imitación. Para ellos no existe sentimiento de país ni fondo de tradiciones comunes; celebrarán los dioses de la Grecia ó las delicias del harem, las gracias de las Oréadas ó el paraíso de las Peris, en medio de la catedral y los teatros de Italia; el patriotismo romano á la sombra de los palacios europeos; la fatalidad y el triunfo de la fuerza al pié de la cruz de Cristo: hemos oído á lo mas selecto de los poetas italianos ponerse de acuerdo para componer cada uno, en celebración de unas nupcias, un himno á los *doce dioses consentes*; himnos que pudieran creerse obra de la escuela alejandrina, á no ser alguna adulación á las cualidades mas pomposas y ménos laudables del héroe, que de cada ingenio reclamaba un granito de incienso, porque comprendia el poder de los ingenios. Además algunos, movidos de la mas perdonable de las idolatrías, la de las bellezas clásicas, si bien conociendo la necesidad de elevarlas á mas noble fin, lo intentan; pero sacrifican á ellas hasta cuando representan la vida moderna, deteniéndose en la superficie, sin llegar al centro de que parten las opiniones y los sentimientos de la Europa actual; cantan nuestras cosas, mas lo hacen con formas y conceptos enteramente paganos; con la ira, la blasfemia, la fatalidad, el predominio de la materia.

¡Oh! sí; en Italia es nacional la gloria de los Latinos, y los Italianos se enorgullecen con fundamento cuando elogian á Virgilio y á Cicerón; pero los que pretenden por esto encadenarlos á lo pasado, se parecen á Simaco que pedía, cuatro siglos después de Cristo, que de nuevo se levantasen el altar de la Victoria y el templo de Jano. Obra santa fué la de aquellos que resucitaron la literatura clásica, pues solo por su medio era posible recobrar pronto la delicadeza perdida y el gusto, que es la propiedad en los pensamientos y en el estilo, y que, como las antorchas en los misterios eleusinos, se transmite de gente en gente. Esto no se adquiere sino con el estudio de los clásicos, vino viejo que reanima las fuerzas; pero su influencia es fatal, si pretende sofocar el genio, si quiere que los siglos nuevos no sean mas que una escuela de los antiguos, y trata de oprimir con fajas al gigante. Italia ha perdido ya dos veces por la imitación la poesía nacional; la primera, cuando el genio helénico anuló las tradiciones pelásgicas y etruscas; la segunda, cuando el estudio de la antigüedad desvió de las glorias de sus municipios y estos perecieron en las academias, como aquellas en la ciudad política. Perder las tradiciones no es leve daño; es el caso de aquel que pierde en la edad madura la memoria, y tiene que principiar de nuevo su instrucción y

(1) Mas adelante hemos reunido cuanto hay de nacional en la poesía italiana.



su experiencia, ignorante de los errores y el vigor de su brillante juventud.

Sé que estas palabras sonarán mal á una clase de patriotismo vanidoso, charlatan, y al mismo tiempo muelle é inactivo, que quiere en Italia ver halagados sus negligentes metros por la cancion laudativa. Sé que muchos no se cuidan de que la literatura italiana pierda en nacionalidad, con tal que exceda á las demas en artificio y cultura; criticos sin ninguna idea moral, dignos de los tiempos desgraciados en que un solo arte sobrevive, el que todos entienden, la música, y de él se constituye en subalterna la palabra. Sé que en Italia está demasiado extendido el uso de disculparse de las miserias presentes con tener siempre en los labios la alabanza de lo pasado, ó de negar aquellas en vez de remediarlas: sé que el adorar los monumentos de los grandes es mas cómodo que el merecer otros nuevos. Pero la patria exige algo mas que literaturas cercenadas por los preceptores, adulteradas por el abrazo de los grandes, bastardeadas por la imitacion, ó extraviadas por un falso aspecto de novedad. ¡Ah! no empezaba así la musa itálica, cuando en medio del espantoso silencio alzó la primera voz europea; cuando Dante, en su místico viaje, tomaba sí por guías á Virgilio y á Estacio, pero era para ver los padecimientos, la purificacion y la gloria cristiana.

Otros, por el contrario, no creyendo que la originalidad pueda asociarse con las reglas antiguas, van señalando nuevas sendas de lo bello; pero como no llevan mas regla que el capricho, solo consiguen producir caricaturas. Y verdaderamente al contemplar estas revoluciones recientes en las letras, recuerda uno aquel siervo del mágico, cantado por Göthe, que habia aprendido de su amo las fórmulas para poner en movimiento la materia; no conocia las necesarias para hacerla detener.

Tendrá precisamente que dar en uno de estos escollos, el que olvide que la palabra debe servir á las cosas, nutrirse en la vida activa, no en las perezosas alucinaciones del gabinete ó en los fáciles triunfos de las pandillas; que debe buscar su bien en el de los demas, y mostrar que el hombre no consiste todo en la razon, sino que gran parte de él pertenece al sentimiento. El poeta no vive en la posteridad ni influye sobre ella sino en cuanto representa

sentimientos é ideas reales y se hace intérprete fiel del mayor número de sus contemporáneos. La poesia no se alberga en el aire estancado de las academias ó en el corrompido de los palacios, sino que interviene en la vida, se sienta en el hogar doméstico, acompaña al guerrero en el campamento, disputa con el estadista, vaga con el peregrino, se alegra con el viñero; compónese de la belleza esparcida en todo lo creado, y del sentimiento de que está dotado cada hombre para comprenderla; de modo que llega á grande altura el que sabe hallar en la verdad motivos de orden mas sublime, adormecidos hasta entónces, y los aplica al tiempo, á las necesidades, á las creencias, é invoca el juicio, no de una asamblea ni de una faccion, sino de la mayoría de las generaciones; el que en la solitaria meditacion que da las convicciones profundas, madres de la originalidad, adquiere por sí mismo ideas generosas, esperanza robusta, paciencia magnánima. Acordándose de que para tener gusto es preciso tener alma, y que los grandes pensamientos surgen del corazon, siente que la indiferencia y la duda son malos maestros, compadeciendo la inspiracion mendigada é ineficaz de ciertos cantos religiosos sin fe, de cierto patriotismo sin sacrificios, de cierto entusiasmo frio, conoce que necesita amar, creer, esperar; que necesita no reflejar las imágenes oscilantes del siglo que busca y no encuentra su equilibrio, sino disipar las tinieblas que los ignorantes orgullosos y los viles implacables condensan ante los pasos del hombre de ideas generosas; no dejarse llevar con indiferencia por la corriente de las quimeras y de la moda, sino, arrojando el helado soplo del desden, de la burla, del epicurismo, guiar á sus hermanos hácia las realidades eternas (1).

(1) Lei parte de este discurso en el Ateneo Italiano de Florencia. El asentimiento de mis consocios y de los orentes me dió valor; pero de fuera se me dirigieron censuras durísimas, las mas por personas destituidas de sentido, y que de consiguiente ó eran engañados, ó mentían, ó alteraban lo que yo habia dicho; arte cómodo, antiguo, moderno, perpétuo. Otros eran de esos superintendentes del gusto á quienes hace sombra todo juicio, hijo de la persuasion y del estudio, y que quieren sofocar la tranquila y poderosa libertad con la autoridad arrogante y tímida. Pero despues se ha escrito y discutido sobre ello en la misma Italia, y no sería extraño que lo que entónces pareció blasfemia de innovador ó insulsez de liberal, se considerase ya trivialidad y restriccion. ¡Cuán tiránicas son estas liberalidades, que se miden con el tiempo y con las personas!

## NÚM. I

### LITERATURA HEBRAICA.

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. II, CAP. V.

#### § I. CÁNTICO DE MOISES.

(Deuter., cap. XXXI.)

Estando Moises en vísperas de irse á dormir con sus padres, se presentó por orden de Dios con Josué, su sucesor delante, del tabernáculo del Testimonio. Allí recordóle el Señor las gracias que habia hecho al pueblo de Israel; le habló de la ingratitud con que le pagaria aquel pueblo despues; de la idolatría en que daría, y de los tremendos castigos que habia de descargar sobre él. Luego le mandó poner todo esto por escrito y componer con ello un Cántico. «Escribido, y enseñado á los hijos de Israel, para que lo sepan de memoria, y lo canten con la boca, y me sirva de testimonio este cántico entre los hijos de Israel. Pues yo le haré entrar en la tierra, que prometí con juramento á sus padres, en la cual se ven correr arroyuelos de leche y de miel. Y despues de haber comido, y haberse saciado y engordado, se separarán de mí para pasarse á dioses extranjeros, y les servirán; hablarán contra mí, y viciarán mi alianza. Y cuando hayan caído sobre ellos muchos males y quebrantos, llevará contra ellos este cántico un testimonio, que, permaneciendo en la boca de sus hijos, jamas podrá borrar el olvido. Porque me son notorios sus pensamientos, y me consta lo que han de hacer hoy, ántes que les haga yo entrar en la tierra que les prometí.» Escribió, pues, Moises el cántico que vamos á poner, y lo enseñó á los hijos de Israel. Su principio es elegante y sumamente magnífico; la disposicion de las ideas es justa, fácil y adoptada á la naturaleza del argumento, que requería un orden casi histórico; tiene una admirable variedad de cosas muy elevadas; la verdad y la justicia de Dios, el amor paterno, y una propension muy benigna al pueblo escogido forman contraste con el ingrato y rebelde ánimo de aquel pueblo; el ardor de la ira divina

y las gravísimas penas están expuestas con una prosopopeya que deja tras de sí todo lo mas distinguido que puede hallarse en los mas escogidos tesoros de la poesia. Mitigan el calor de la cólera la misericordia y la benignidad, y así concluye con promesas y consuelos.

Moises. — Oid, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca.

Condénsese como la lluvia mi doctrina, derrámese mi habla como rocío, como lluvia sobre yerba, y como llovizna sobre grama.

Porque invocaré el nombre del Señor: dad magnificencia á nuestro Dios.

Perfectas son las obras de Dios, y todos sus caminos justicia: fiel es Dios, y sin ninguna iniquidad justo y recto.

Pecaron contra él, y no fueron hijos suyos por las suciedades: generacion torcida y perversa.

¿Así pagas al Señor, pueblo necio y mentecato? ¿Por ventura no es él tu padre, que te poseyó é hizo, y te crió?

Acuérdate de los tiempos antiguos, considera de una en una las generaciones: pregunta á tu padre, y te lo declarará; á tus mayores, y te lo dirán.

Cuando el Altísimo dividía las gentes; cuando separaba los hijos de Adán, fijó los límites de los pueblos, segun el número de los hijos de Israel.

Mas la porcion del Señor es su pueblo: Jacob la cuerda de su heredad.

Hállóle en tierra yerma, en lugar de horror, y de vasta soledad: hizole andar rodeando, y le doctrinó: y le guardó como la niña de su ojo.

Como el águila que excita á volar á sus polluelos, y revolotea sobre ellos, así extendió sus alas, y le tomó y llevó sobre sus hombros.

El Señor solo fué su caudillo: y no habia con él Dios ajeno.

Establecióle sobre tierra alta: para que comiera de los frutos de los campos, para que chupara miel de la piedra, y aceite de roca muy dura.

Manteca de vacas y leche de ovejas con gro-